

Clasificando a las personas

JOSEBA ARREGI

La libertad sigue siendo el verdadero problema en la sociedad vasca, y quizá ahora más que nunca, pues celebramos como demócratas a quienes están muy lejos de serlo

Hace ya algunas semanas que en los medios de comunicación apareció la noticia de que las instituciones guipuzcoanas dirigidas por Bildu tenían la intención de clasificar a los ciudadanos según su capacidad lingüística, pretendiendo tener catalogados a todos los euskaldunes, los competentes en lengua vasca.

Es una noticia que tiene mucha importancia porque pone de manifiesto muchas cuestiones que en el debate político actual parecen haber pasado a segundo término. A nadie le puede extrañar que los responsables de Bildu en las instituciones pretendan llevar a cabo lo que siempre han defendido: que para ellos la nación vasca se caracteriza por el euskera, y que esta lengua es la única legítima para ellos en Euskal Herria. Eso sí, como ha dicho en alguna ocasión el diputado general de Gipuzkoa, permitirán que los ciudadanos puedan pedir un café en castellano.

Lo primero que pone de manifiesto la decisión de los responsables de Bildu en Gipuzkoa es su visión uniforme, unilateral y homogénea de la sociedad vasca. Dicho de otra forma: la decisión pone de manifiesto su aversión al pluralismo y a la complejidad. Sólo son capaces de ver la sociedad vasca, lo que ellos denominan la nación vasca, en términos de homogeneidad, de simplicidad, de reconversión de todos los individuos a la misma identidad, negando las diferencias internas a la sociedad vasca. Aborrecen la diferencia, persiguen que todos sean iguales. No saben qué hacer con el pluralismo, a no ser que sea negarlo y tratar de eliminarlo.

Lo segundo que pone de manifiesto la decisión es que mientras que los demás partidos políticos y muchos observadores de la política vasca siguen viendo solo la paz, el final de ETA, preocupados solo con el acercamiento de los presos o con algo más, seducidos por el final de ETA y por el discurso de la izquierda nacionalista radical de que comienza un tiempo nuevo en el que solo vale la política, ellos tratan de poner en práctica sus ideas sobre la sociedad vasca, ideas que poco tienen que ver con la democracia, pues ésta es imposible sin respeto y valoración positiva de las diferencias internas a cada sociedad. Tanto celebramos que por fin se hayan decidido a hacer política, dejando de lado el terrorismo, que parece que da igual qué política hacen, aunque en esta política se nieguen las libertades fundamentales.

Puede que hayan decidido acatar las reglas de la democracia, pero están muy lejos de haber aprendido el abecé de la democracia, y me imagino que no se sentirán muy forzados a ello viendo cómo los demás partidos y muchos analistas siguen aplaudiéndoles el paso que han dado. Mientras, ellos siguen sembrando la semilla de la discordia negando la base de la libertad, que es el derecho a la diferencia.

Lo tercero que pone de manifiesto la decisión que comento es la propensión de Bildu a negar a los individuos como tales, y a verlos siempre encuadrados en grupos, en colectivos. Para Bildu parece que no existen los individuos con sus diferencias y particularidades. Por eso hay que clasificarlos, forzarlos a formar parte de grupos trazando una línea de separación entre ellos: los euskaldunes y los que no lo son.

Pero el problema se agrava, porque la cuestión no es solo la de negar la individualidad de las personas clasificándolas como pertenecientes a grupos, encasillándolas, sino que además el trazado de la línea que separa a unos grupos de otros conlleva necesariamente una valoración entre los distintos grupos. Por un lado están los de dentro, los que pertenecen al grupo de los que son como se debe ser –es la función de todas las clasificaciones socioculturales–, los euskaldunes, y por otro lado están los de fuera, los que no pertenecen al grupo propio, los que no son como se debe ser, los impuros, los que no llegan al deber ser, los que no cumplen con la ortodoxia que alguien ha fijado como obligatoria para todos.

No han sido muchos los que en estos últimos tiempos han hablado siempre de libertad y paz, y

parece que hoy son aún menos los que dicen que la libertad sigue siendo el verdadero problema en la sociedad vasca, y quizá ahora más que nunca, pues celebramos como demócratas a quienes están muy lejos de serlo. Y sin embargo sigue siendo la libertad la que está en juego, ahora de la mano de las autoridades de Bildu. Quizá convenga recordar algunas ideas de situaciones muy distintas, pero que dejan bien claro que lo importante siempre es la libertad.

Al comienzo de la novela

Khirket Khizeh, en la que S. Yizhar cuenta la expulsión de los palestinos de sus pueblos y tierras por los judíos en la secuencia de la guerra de 1948, escribe lo siguiente: «Pero a veces me sacudía a mí mismo, sorprendido por la facilidad con la que había sido seducido, por cuán fácil había sido salir del camino conscientemente y juntarme a la gran masa de mentirosos –esa masa conformada por crasa ignorancia, por indiferencia utilitaria y por un interés propio sin vergüenza alguna– y haber cambiado una simple gran verdad por un cínico alzar de hombros propio de un pecador encallecido.

Y Robert Chandler, en la introducción a la traducción de 'Vida y destino' de Vassily Grossman escribe: «Grossman no encuentra ningún valor en luchar por la libertad si no es en un espíritu de humildad, un espíritu de amor y afabilidad. La batalla que describe Grossman es la batalla que tenemos que luchar cada día para poder preservar nuestra humanidad, la batalla con el poder de la ideología, contra el poder del Estado, contra todas las fuerzas que se combinan para destrozar la posibilidad de la amabilidad y la compasión entre los individuos».



:: JOSÉ IBARROLA